

CONCHA ZARDOYA.
LOS CAMINOS POETICOS DE ANTONIO
MACHADO ¹

Antonio Machado caminó mucho en sus viajes. En su breve y escueta autobiografía (1931) nos informa sucintamente de sus andanzas viajeras²: Hizo a pie «largo camino»³ para llegar a Collioure, en enero de 1939: éste fue su último viaje. Se fue de España y de la vida, desnudo, sin equipaje, hambriento. Casi murió en el camino, tantas veces presente en sus versos:

He andado muchos caminos
he abierto muchas veredas...⁴

El 'camino' se vincula no sólo a muchos versos y a muchos poemas machadianos, sino que hasta da nombre a una sección entera de sus *Poesías completas*: «Del camino».

Pedro Laín Entralgo observa cómo el poeta -en su preocupación temporal-, al referirse al curso del hombre en el tiempo, elige el *camino* como una de las imágenes más adecuadas⁵

¿Qué caminos recorre el poeta? ¿Sólo son una obsesiva manifestación de la temporalidad del hombre y de las cosas? ¿Hacia dónde camina? ¿A lugares concretos, únicamente? ¿Hacia un «cobdiciadero» lugar de meditación contemplativa? ¿En romería poética va hollando las sendas de los montes el poeta solitario? ¿Va en busca de los «otros», de los prójimos?

Antonio Machado, más que andar, peregrina, pues un fervor profundo le llena el alma: «¿No tiembles -se pregunta-, andante peregrino?» (p. 75). Peregrina, sí, en sueños, recorriendo caminos hacia una Compostela soñada (p. 245).

Mas el poeta se nos dibuja mejor en la presencia viva y humana del

¹ Este estudio apareció en su versión primera en La Torre, Río Piedras, Puerto Rico, enero-junio 1964, pp. 75-98. Después, en forma más completa, se integró en «Los caminos poéticos del 98», largo trabajo que encabeza mi libro *Poesía española del 98 y del 27* (Estudios temáticos y estilísticos), Madrid, Gredos, 1968, pp. 102-103. Esta de hoy es una versión abreviada.

² Cf. Antonio Machado, *Poesías completas*, 3ª ed., Buenos Aires, Losada, 1951, p. 14.

³ Antonio Machado (1875-1939). *Vida y Obra. Bibliografía. Antología. Obra inédita*, Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1951, p. 11.

⁴ Antonio Machado, *Poesías completas*, 4ª ed., Madrid, EspasaCalpe, 1959, p. 187. De aquí en adelante citaremos siempre por esta edición, indicando el número de página entre paréntesis y al final de cada cita.

⁵ «., el camino -¿cuántas veces ha escrito esta palabra Antonio Machado?-.» «Sentado un día al borde del sendero, siente el poeta que la vida entera se le resuelve en tiempo» (Pedro Laín Entralgo, *La espera y la esperanza*, Madrid, Ed. de la Revista de Occidente, 1957, p. 402).

caminante. De caminante casi nunca brioso -nada más lejos de él que la andadura deportiva-, sino, más bien, cansado (p. 27). Dijérase que más que pasar por el camino, éste ha pasado por él y le ha desgastado. Como si el camino fuera una fuerza activa, en movimiento y el poeta fuese, en cambio, su víctima pasiva o rendida: «pobre caminante que durmiera / de cansancio en un páramo infinito» (p. 90).

Caminante real y verdadero es el poeta, caminante que se defiende contra el frío de los caminos invernales (p. 104). Caminante vivo que recorre calles y campos con gesto melancólico y pobre atuendo: «Mal vestido y triste / voy caminando por la calle vieja...» (p. 69).

Antonio Machado define metafísicamente al caminante, retrato de sí mismo, en un verso sencillo pero de gran profundidad: «Que el caminante es suma del camino» (p. 230). En él se juntan el camino del monte y el camino del campo, todas las sendas recorridas. El camino, así, es imagen de su vida, siempre en moción, dinámica, con sed de futuro.

Caminar es vivir. Vivir es hacer camino: «Yo iba haciendo mi camino» (p. 26) -dice el poeta-. Y el camino -la vida- se hace al andar -al vivir-. Como el surco se hace al arar. Como se hace la vida al ir viviendo. El camino no está, no es: hay que hacerlo, hay que vivirlo. No es previo al hombre, sino coetáneo de su vivir y de su hacer: «Al andar se hace camino» (p. 162). El camino -trazado por los pies- no es más que la huella del caminante: «Caminante, no hay camino, / se hace camino al andar» (p. 163) La infinitud de caminos hará la plenitud del vivir. Caminar es existir.

Pero el caminar no es dulce sino «amargo caminar» (página 72), porque el camino pesa en el corazón, en lucha contra el viento helado, la noche y la amargura de la distancia que separa de la muerte, punto final del camino.

Antonio Machado generaliza y resume la experiencia vital de todos en la suya propia, al mismo tiempo que objetiva visual y dinámicamente qué sea - o qué puede ser- la vida humana:

Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.

(p. 166)

El hombre pasa. El poeta, también, mas, teniendo conciencia siempre de su pasar, busca, busca... ¿Qué?: «unas pocas palabras verdaderas» (p. 77). A veces, ha de detenerse en el camino para «distinguir las voces» y escuchar entre ellas solamente una (p. 83). ¿Qué voz -única- es ésta? La honda, esencialmente humana, la que a ninguna otra se parece: su más estremecida y entrañable palabra poética: su poesía.

1. *El camino de la vida.* En el soneto dedicado a Valle Inclán, el poeta confiesa que ha sido «viajero / del áspero camino» (p. 235). Y este camino se nos revela -reiteradamente- como la vida misma. Vida que, al mismo tiempo, es viaje: viaje áspero, difícil. Y por este camino «un hombre a tientas camina»: es Antonio Machado. El alma no le guía con su luz, porque el poeta, escéptico, no cree que pueda alumbrarle. Y así,

más que precederle, le sigue, proyectando una luz inútil ya que él, al caminar -al vivir-, no puede verla: «lleva a la espalda un farol» (p. 168). El vivir, en estos versos, se le revela a Machado como una fatalidad ciega.

2. *El camino y la realidad*. Pero la vida pasa por los caminos y éstos pasan por ella, Camino áspero, sí, pero también innumero y total, que se desarrolla paralelo al vivir. Él pasa entre realidades y éstas pasan por él o están junto a él. Los árboles se yerguen en las carreteras: «los verdes chopos» (p. 122) o los que «el viento frío azota» (p. 134); o los olmos vivos (p. 114) o mustios (p. 135), o cuyas ramas «parecen humear» (p. 131) y los que, temblando, se vuelven «espuma de la montaña» (p. 24). Y un olivo solitario, «hospitalario» da sombra al viajero al borde, del camino, en tierras de Baeza (p. 189). Y junto al camino también vive la fuente para apagar la sed de todos los que a ella se acercan (p. 213). Mas el agua es, además, ofrecida - con el vino todo sediento en la venta caminera: en la venta que es toda bondad y amparo (p. 159).

El poeta viaja ahora en tren y, a su vaivén, sueña : sueña que el tren -vivificado- es «el pollino / que sabe bien el camino» (p. 101), el camino de hierro del ferrocarril. Tren que «camina, silba, humea, acarrea» un ejército de vagones.

Pero es la realidad humana la que con más frecuencia se vincula al camino: rudos caminantes (p. 86) y viajeros de toda índole, arrieros, gañanes, pastores y, con éstos, «sus hordas de merinos» (p. 86), rebaños trashumantes que irán a la fértil Extremadura. Y gentes que arrastran su tristeza, que no saben a dónde van ni a dónde llegan; gentes a quienes sólo les importa vivir, ir (pp. 16-17).

3. *El camino y la región*. Los caminos machadianos se insertan, a veces, en un determinado paisaje que configura en sí específicas características regionales. O unen puntos geográficos dentro de una zona paisajística. Como es natural, Castilla es la región que con más frecuencia se asoma a los versos de Antonio Machado. Luego, sigue Andalucía. En alguna ocasión, emergen otras zonas : Asturias, por ejemplo.

Castilla aparece por primera vez en Soledades (1899-1907), en el poema «Orillas del Duero», unida a una visión soriana: campanarios, caserones, golondrinas, chopos de la carretera, el Duero adolescente, florecillas, el horizonte. Machado se siente conmovido de fervor ante este paisaje que, al final del poema, se agranda -magnificado- hasta devenir paisaje total de España. El «camino blanco», con chopos y álamos, se proyecta sobre la geografía española: «¡Hermosa tierra de España!» (p. 25).

Pero es en *Campos de Castilla* (1907-1917) en donde ésta precisa su realidad con más fuertes trazos y más color. Machado vuelve a escribir otro poema que lleva el título «A orillas del Duero», pero en el que no se propone -como en el anterior- presentarnos un poema de concentrada sugerencia, sino que se entrega a la pormenorizada descripción y rebasa los límites paisajísticos para saltar al ámbito de la historia de España : lo espacial entra en la dimensión temporal histórica y en la intrahistoria. Pero a nosotros nos interesan ahora los versos en que el paisaje asume unos rasgos regionales, personalidad castellana. El camino -al comienzo del poema- se reduce a una pedregosa «quiebra», por la que el poeta sube, solo,

casi penosamente, bajo el terrible sol de julio, mendigando un poco de sombra. Trepa hacia los cerros donde moran rapaces águilas, tonificado por el aroma del tomillo. Contempla el horizonte, el vasto paisaje que se extiende ante sus ojos. Y éstos destacan, aíslan, cada elemento con precisión de prismático: «un monte alto y agudo», «una redonda loma», «cárdenos alcores», «las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero» (p. 84). El paisaje es asociado a viejos instrumentos bélicos destruidos. La guerra, el tiempo, han *cosificado* este paisaje de Castilla, como si hubiera estado al servicio de los ideales del hombre del pasado. Soria, así, deviene «barbacana» que mira hacia Aragón. Mas el pasado se aleja y el poeta, con sus ojos reales, mira la totalidad del paisaje en el que se precisan animales, se destacan árboles vibrando en la luz y, finalmente, los hombres que pasan, diminutos, microscópicos (p. 84). El Duero se vuelve vena de plata, sangre viva que «cruza el corazón de roble / de Iberia y de Castilla». El poeta entona una encendida oda a la noble región, pero no sabe negar su pobreza de cosas, su vacío o retraso social: es una Castilla que parece abandonada por sus hombres, estática y extática en sí misma, quemada por la vida y por la Historia (p. 85). Machado se pregunta si Castilla espera, duerme o sueña. Y vuelve a recordar la Historia : Castilla ya no es tierra del Cid; Castilla, «ayer dominadora», ahora es miserable. El paisaje natural se ha convertido en un paisaje histórico: es un ex paisaje histórico, para ser más exactos. Porque el presente no cuenta, no vale, no es: Castilla está envuelta en harapos y «desprecia cuanto ignora». El poeta deja de evocar históricamente y vuelve a mirar al paisaje con sus ojos físicos. Declina el día y los campos se oscurecen.

El camino se tiende hacia la vida humana como un puente de blancura. Y la vida se abre a él para servirle (p. 86).

Castilla vuelve a mostrársenos en «Por tierra de España», mas se nos aparece talada y quemada por sus hombres. Un fúnebre paisaje -¡un ex paisaje!- es evocado por el poeta entristecido (p. 86). Ese hombre es hijo de «nidos caminantes», de «pastores que conducen sus hordas de merinos» por largos caminos que van a Extremadura. Machado acusa al castellano e increpa a la tierra -«páramo de ascetas»--, «por donde cruza errante la sombra de Caín» (p. 87).

En un nuevo poema -«Orillas del Duero»- Castilla nos muestra sus caminos porque toda ella se nos abre en «páramo infinito» (p. 90). En «Campos de Soria», los caminos se precisan con gran nitidez, según las estaciones. Y vuelven a insinuarse en «Recuerdos». Y el alma del poeta se los lleva porque toda esta tierra es «tierra del alma» (p. 133). En el poema CXXVI se inscriben los caminos y el Duero con su flora: es el paisaje en que vivió Leonor (p. 139). En «Desde mi rincón», Machado evoca el paisaje total de Castilla y, en su evocación, está presente el camino, por donde transcurre la trashumante muchedumbre humana (p. 177).

El camino machadiano no es siempre llano, fácil de andar. En algunas ocasiones se remonta, trepa por cerros y montes: va como buscando altura. El poeta respira con dificultad, pero en la cumbre le aguardan las águilas y el vasto panorama de Castilla.

4. *Los caminos del mar*. Antonio Machado, impulsado por su afán andariego, ve caminos en el mar. Los ve cuando piensa en Grandmontagne al alejarse de Europa. El camino deviene singladura hacia horizontes lejanos, salpicada de viento recio y sal amarga (p. 233). Pero el mar de Machado se relaciona más con la muerte que con la vida, aunque la implica a la manera manriquiana en sus proverbios y cantares. El paso, el camino del hombre por la vida es un ir hacia el mar o es andar en el mar; al vivir vamos borrando lo vivido. La vida, así, es parva transitoriedad: «pasar haciendo caminos, / caminos sobre la mar» (p. 166). Y caminamos sobre el mar porque nunca volveremos a pisar la senda que ya pisamos: «Caminante, no hay camino, / sino estelas en la mar» (p. 162). El camino, pues, es un no-camino; estela que se desvanece. El hombre se pierde por un camino que sólo existe momentáneamente y que luego no se ve, como el marinero machadiano que se hizo jardinero junto al mar y que, tras ver su jardín en flor, «se fue por esos mares de Dios» (p. 170).

Antonio Machado vincula a Dios con el mar, intuyéndole no en los templos, sino como un camino o, al menos, como un camino soñado o entrevisto en los mares: «también soñó caminos en los mares / y dijo: es Dios sobre la mar camino» (p. 89).

En su mundo de sueños, el poeta siente que, al pasar y al caminar, va hacia el mar, hacia la muerte : hacia el olvido. El mar es para él imagen del sosiego, de la no-conciencia, del no-ser definitivo.

5. *Los caminos y el tiempo*. El camino machadiano se vuelve, en algún momento, realidad aparential que refleja el cambiante y fugitivo paso del tiempo: a) el sol, en su cenit o en su crepúsculo; las estaciones; b) o lo fija en una hora, en un día.

a) «.., rebaños de merinos... / por las cañadas hondas y al sol de los caminos» (p. 133); «yo iba haciendo mi camino, / absorto en el solitario crepúsculo campesino...» (p. 26); «¿está la primavera / vistiendo ya las ramas de los chopos / del río y los caminos?» (p. 139), etc.

b) «En la desnuda tierra del camino / la hora florida brota...» (p. 34); «Al borde de un sendero un día nos sentamos. / Ya nuestra vida es tiempo... » (p. 40), etc.

6. *Los caminos del sueño*. Los caminos pueden ser soñados por quien ama recorrerlos, por quien ve o pone en ellos rebaños trashumantes (p. 233). Pero el sueño mismo tiene sus caminos sobre la tierra amarga, «laberínticos, sendas tortuosas», pues imágenes y quimeras «hacen camino lejos» (p. 34). Machado insiste en imaginar estas secretas galerías del alma, estos «caminos de los sueños» (p. 68). A veces, es un «vivo risueño» lo que le señala el camino de una soñada Compostela, peregrino entre chopos (p. 245). O, caminante solitario, «sueña escuchar un aire de su tierra» (página 74). O sueña los caminos de la tarde, aunque desconoce a dónde irán. Y, al soñar, va cantando «a lo largo del sendero» (p. 26), en tanto que la sombra va cayendo. Caminar, «caminar en sueños / por amor de la mano que nos lleva» (p. 77). O por soñar el pasado, caminando con los ojos abiertos (p. 78). Los caminos del sueño son múltiples y maravillosos.

7. *Los caminos de la visión onírica.* En el *Cancionero apócrifo (Recuerdos de sueño, fiebre y duermevela)*, el poeta entrevé oníricamente un paisaje de encinas, de nubes que el sol rompe, la imagen de la amada, y casi se aterroriza: «La vi un momento asomar / en las torres del olvido. / Quise y no pude gritar» (p. 295). En «Otro clima», después de atravesar las «cámaras del tiempo», las galerías del alma, ve dibujarse en ésta una nueva visión onírica: un misterioso e insospechado paisaje de montaña y mar, en el que se inscribe una extraña inscripción y, además, un camino en la montaña. ¿A dónde irá ese camino? (p. 310).

Frente al Guadarrama real, el poeta entrevé nuevas sierras, en infinita sucesión, que, dinamificadas, avanzan espectralmente. Y nuevos soles que cabalgan por ellas. Astros y montañas emergen visionarios de la realidad, creando una tras-realidad poética, multiplicados por los espejos de la fantasía :

En tus barrancos hondos
y por tus cumbres agrias,
cabalgando, conmigo, a tus entrañas.
mil Guadarramas y mil soles vienen,
(p. 95)

Otro día cabalga por la sierra, mas sobreviene una tormenta. Se desgarran las nubes y otra sierra «más dulce» se levanta. Algo entrevé. Pero no es el rostro de Dios... No se trata de ningún éxtasis místico. Lo que ve es el rostro de su amada, en onírica visión amorosa. Y, entonces, «Gritó : ¡Morir en esta sierra fría!» (p. 231).

8. *Los caminos del amor.* Abel Martín, asediado por la presencia y ausencia de la mujer, se pregunta ahincadamente: ¿Cómo es posible el objeto erótico? Y lo primero que averigua es que «el amor comienza a revelarse como un súbito incremento del caudal de la vida, sin que, en verdad, aparezca objeto concreto al cual tienda» (p. 253). Y en el soneto titulado «Primaveral», se sienten en el campo y en el aire las gracias recién llegadas de la juvenil estación. Todo parece esperar a la amada, esperar al amor. Todo converge hacia el agua donde espera el atavío de los chopos. Todo camina hacia la invisible compañera: «Los caminos del valle van al río / y allí, junto del agua, amor espera» (p. 253). Y los amantes «de tierra y agua y viento y sol tejidos» (p. 255), caminan hacia el solsticio de verano. Y sus caminos se devoran en la guerra del amor, «al sol poniente» (p. 258).

Antonio Machado empieza un soneto amoroso con el célebre verso dantesco -*Nel mezzo del cammin*-, para confesarnos la llegada a su vida -a su camino- de Guiomar, su segundo amor :

Nel mezzo del caminin pasóme el pecho
la flecha de un amor intempestivo. (p. 257)

Camino y vida se identifican temporalmente y se ofrecen al amor, flecha que acecha, largo rayo vivísimo.

9. *El camino, la locura y la ficción literaria.* Huyendo de la ciudad -llena de

maldades y de pequeñas, míseras virtudes, de quehaceres y ruindades-, un loco -¡el poeta! camina por los campos de Dios. El camino machadiano deviene camino de la locura que, en último término, es camino sin ataduras (p. 97). Y también Don Quijote -el loco máximo- recorrió muchos caminos, enamorado, ciego, con el juicio nublado por el amor : caminos de tierra y caminos de cielo (p. 155).

10. *El camino de la soledad.* Después de la muerte de Leonor, el poeta recorrió muchas veces infinitos caminos en infinita soledad, «a solas» con su sombra y a solas con su pena. A solas, desde ellos, volvió a contemplar el paisaje de Baeza, el alfanje roto del Guadalquivir, los montes envueltos en la niebla, la luna amoratada... Y desde ellos evocó los caminos que antes recorriera con la esposa amada : «Caminos de los campos... / ¡Ay, ya no puedo caminar con ella!» (p. 135).

El corazón, en sueños, vaga. Leonor revive... El pasado vuelve. La soledad se ha poblado y, por un momento, el poeta deja de estar solo:

¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos...
(p. 156)

Pero el ensueño dura poco y el encantado sortilegio se disuelve. La soledad retorna... El poeta regresa al camino por el que vaga y seguirá vagando siempre. El camino no se dibuja en los versos, pero se instruye : por él va el poeta, a solas, con su soledad como único bagaje:

Por estos campos de la tierra mía
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.
[p. 136)

11. *Caminos sin nadie.* Los caminos por donde vaga el poeta solitario, a veces, están vacíos: ni siquiera mesones míseros se encuentran a su vera. Castilla es tierra de soledad y de pobreza (p. 85). O, si existe el mesón, nadie, en el invierno, se allega a él, pues el camino y el total paisaje se hallan vacíos (p. 106). El silencio de la nada preside el yerto páramo. El poeta es testigo de este vacío invernal de Castilla, detenida en el tiempo, apenas sin paisaje, exento, desolado.

12. *Los caminos de la muerte.* Leonor asentó los pasos del poeta en la tierra, en los caminos del amor. Pero ella se fue por el camino, largo y sin vuelta, de la muerte. Y el poeta, solo, se siente sin sombra y sin sueño, avanzando sin camino y sin nadie en quien mirarse: «un solitario que avanza, / sin camino y sin espejo» (p. 166). Como una gota que rueda al mar inmenso. Negación de sí mismo, avanza por la nada que va a la nada.

Si él y los hombres están condenados a morir, idéntico final le aguarda al

olmo seco: arderá «en alguna mísera caseta, / al borde de un camino» (p. 132).

Los caminos machadianos señalan, pues, la muerte : como en «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido» (p. 153).

Don Francisco Giner de los Ríos, al morir, se «fue por una senda clara», pues clara y luminosa fue su vida: «Y hacia otra luz más pura / partió el hermano de la luz del alba» (p. 174). Sus amigos llevarán su cuerpo a la montaña --el ancho Guadarrama- por un camino que asciende y asciende, aunque no se nombre : el camino de la paz más alta.

Algún camino, a veces, es tumba del arriero que, en invierno, en él se extravía: del arriero que «una noche perdió ruta y sendero, / y se enterró en las nieves de la sierra» (p. 105). Muchas gentes, sí, se van quedando en el camino (p. 106). ¿0, silenciosas, se nos pierden en el tiempo?

Los caminos españoles también abrigan el crimen, pues por ellos «cruza errante la sombra de Caín» (p. 87). Y, así, el camino se hace teatro de La tierra de Alvargonzález -«mala tierra y peor camino»-- (p. 110). Alvargonzález «anduvo largo camino» (p. 110) para llegar a su muerte, Y sus hijos también lo recorrieron para asesinarle «junto a una fuente clara» donde le hallaron dormido. El reguero de su sangre corría «camino del hayedo» (p. 113). Y los asesinos cabalgaron por el camino de Salduero que «va al hilo de la ribera» (p. 116). Mala es la tierra y peor el camino de los criminales que buscan la Laguna Negra para encontrar en ella su muerte (p. 130).

La guerra civil puso en España no únicamente «soplo de hielo en los hogares», no sólo llanto en las mujeres, sino «el hambre en los caminos» (p. 181), otra forma de la muerte.

13. *La muerte del camino*. Mas a los caminos también les llega la muerte : la nieve los borra y desaparecen en las tierras altas castellanas que el poeta ha recorrido: «Por entre los pinos... / con la blanca nieve / se borra el camino» (p. 201). Como si se borrara, desandada, la vida.

14. *Sin caminos*. El poeta melancólico, «pobre hombre en sueños, / siempre buscando a Dios entre la niebla», yerra en su inútil búsqueda, como un perro que no tiene huella ni olfato, «por los caminos, sin camino» (p. 71). La vida es una incógnita, soledad, naufragio y, al mismo tiempo, nostalgia de otra vida no vivida, de un paraíso. acaso que sus ojos no verán.

En sus «Proverbios y cantares», Machado filosofa acerca del vivir y del morir, acerca del pasar y del quedar. Las preguntas se suceden sin respuesta. ¿Será la muerte como un mar en que la vida cae como una gota? ¿0 será ser lo que nunca se ha sido : el caminante solitario, sin sombra y sin sueño, que avanza y avanza «sin camino y sin espejo?» (p. 166). ¿Nada hay que caminar? La muerte machadiana es el no-camino.

15. *Camino intuido*. En la sexta de sus «Parábolas» -tras haber hecho en la

quinta profesión de fe que creará